

Alto Aragón

Diario del AltoAragón - Domingo, 10 de agosto de 2008

Cancerbero del más allá

Juan Mariano Ballarín Clavería: el guardameta del Leciniena en el infierno de Mauthausen

Por Jesús INGLADA ATARÉS

(PROFESOR DE HISTORIA EN EL I.E.S. "MONTES NEGROS" DE GRANÉN)

EL FÚTBOL: DEL MITOLÓGICO HADES AL "MÁS ALLÁ" DE MAUTHAUSEN

EN la mitología griega, el *Can Cerbero* es el perro monstruoso que guarda las puertas del *Hades*, del infierno. En las líneas que siguen vamos a referirnos a un cancerbero monegrino que, más que guardar las puertas del Hades, lo que en realidad hizo fue consumirse en lo más parecido al reino de los infiernos en la Tierra: los campos de exterminio nazis.

Las resonancias mitológicas de la figura del cancerbero alcanzan incluso a la propia portería. Según Vicente Verdú, el hecho de que los postes de las porterías de fútbol se hayan cubierto tradicionalmente –para aumentar su visibilidad– con un zócalo de cuarenta centímetros de pintura negra está aludiendo alegóricamente a ese fuego del averno cuyas llamas han dejado su marca en la puerta de entrada. Toda la legión de siniestros moradores del *Hades* son reconocibles en ese otro infierno real de Mauthausen que padeció Juan Mariano Ballarín Clavería. Sin embargo, pese a ser él cancerbero del equipo de fútbol de Leciniena, la verdadera función de *Can Cerbero* o guardián de ese infierno la representaban, con sobrada eficacia, los centinelas SS. Antes de ser internado en el campo, ya conoció nuestro amigo, de primera mano –merced al largo calvario iniciado en la guerra de España y continuado en la huida a Francia, el internamiento en los campos de concentración galos, los trabajos en las C.T.E. (Compañías de Trabajadores Extranjeros), los desastres de la Guerra Mundial y la detención e internamiento en los *Stalags* (campos de prisioneros de guerra) –, a los moradores del *Hades*: el Llanto, la Angustia, el Miedo, el Hambre, el Sufrimiento, las Enfermedades y la Muerte. En cuanto a los Centauros, Hidras, Quimeras y Harpías que según la mitología merodeaban en las proximidades del infierno, Juan Mariano tuvo el dudoso privilegio de conocerlos en Mauthausen, metamorfoseados en las siniestras figuras del Comandante Jefe Ziereis (que fundido en una sola pieza con su caballo constituía un ominoso Centauro), el cruel capitán Bachmayer, el monstruoso

capitán médico Kresbach, el temible doctor Heim (el "Doctor Muerte", que parece que todavía sigue con vida), los sádicos kapos (Matucher, Felzer, Otto...) y toda la cohorte de asesinos, oficiales y guardias, de las SS.

Tras pasadas las puertas de entrada al campo central, le esperaba el verdadero infierno, mucho más terrible que el descrito por Dante, Blake o Rimbaud. Un aterrador averno circundado en sus proximidades por el Danubio –remedio del mitológico río *Estigia*–, por donde surcaban las barcazas con el granito arrancado de la cantera de Steinbruch-Wienergraben por los deportados esclavizados. Pero los horrores no terminaban en el campo central de Mauthausen. Existía todavía una última estación: Gusen, un campo anexo dependiente de Mauthausen, el popularmente conocido "molinillo de huesos", donde los cuerpos esqueléticos y demacrados de los prisioneros recibían el "tratamiento final" antes de ser pasto de las llamas del crematorio. Para estas almas-humo de que hablara el poeta Paul Celan, no existió un *Caronte* que las condujera al otro lado del río *Estigia* –en este caso el Danubio–.

La pasión de Juan Mariano era el fútbol. También sus verdugos experimentaban similar devoción por este deporte. En Mauthausen, víctimas y verdugos llegaron a tener sus propios equipos. En 1944, el comandante jefe Ziereis dispuso la contratación en 1944 de una decena de jugadores profesionales, de entre los voluntarios SS de otros países de Europa, a fin de conquistar el campeonato militar de fútbol que lideraba el equipo de la *Lufwaffen*. Pero en Mauthausen había también otro tipo de fútbol: el que, con enorme riesgo para sus vidas, se atrevieron a organizar los presos españoles como una prueba más de resistencia ante el nazismo y para combatir el desánimo. Luis Gil, uno de los primeros resistentes en el campo, contó sus inicios en declaraciones recogidas por M. Constante en *Los cerdos del comandante*: "un domingo por la tarde, en que no se nos había impuesto ningún castigo, los españoles confeccionamos una pelota de fútbol con papel de los sacos de cemento, con trapos y algunos pedazos de cordel. Y en la antigua plaza de los recuentos (*Appelplatz*), junto a las barracas que iban del 1 al 5, organizamos un partido de balompié. El primero en aquel siniestro campo. Se trataba de la primera manifestación no prevista que desbordaba el cuadro



El club de fútbol Leciniena en 1936. El quinto por la izquierda es Juan Mariano Ballarín Clavería (en esta ocasión debió dejar el puesto de portero a un compañero).

rígido y de terror impuesto por los SS. Días antes habíamos hablado de ello a otros grupos nacionales, con el fin de organizar un encuentro internacional, pero nos respondieron con la negativa, llamándonos locos y otras lindezas por el estilo. E insistiendo en que eso no se había hecho nunca y que los SS no lo permitirían. Los que quedaron más boquiabiertos fueron los delincuentes alemanes y los polacos, que llegaron a llamarnos suicidas, ya que el reglamento prohibía la formación de cualquier grupito, sin olvidar que también nos estaba prohibido la posesión de papel, trapos... Así que los "farrücktes" españoles ("los desatornillados") se lanzaron a dar patadas a la pelota y los SS no dejaron nada".

JUAN MARIANO BALLARÍN CLAVERÍA EN LA LECINIENA EN GUERRA

Juan Mariano Ballarín Clavería nació en Sariñena el 25 de noviembre de 1911. Era el sexto hijo de Jorge Ballarín Tella y Mariana Clavería Grañón. Posteriormente, nacieron dos más que completaron la lista de los ocho hijos habidos en este matrimonio. La hija mayor, Felisa, se fue a casar a Leciniena con Ruperto Oliván Marcén, "barbero, sacamuelas y sacristán", con el que tuvo cinco hijos. Juan Mariano, se trasladará también a esa localidad



Juan Mariano de soldado en 1933.

para aprender el oficio de barbero con su cuñado Ruperto. Allí conoció a la que sería su esposa, Aurelia Arruego Jiménez –nacida en Leciniena, el 25 de julio de 1912–, con la que se casó el 5 de diciembre de 1935. El estallido de la guerra, como en tantas ocasiones, dislocará y marcará con sangre el destino de esta familia. Hasta el 7 de agosto, las tropas insurrectas mantuvieron el control de Leciniena. En esa fecha, la localidad retornó a manos republicanas, estableciéndose la línea de frente en el inmediato entorno urbano de Perdiguera. A comienzos de octubre, la presión de las tropas rebeldes se hacía irresistible. Momentos antes de que estas fuerzas que venían de Zaragoza efectuasen su entrada –hecho que tendría lugar el día del Pilar–, algunas de estas fuerzas republicanas que se batían en retirada cometieron una sangrienta ordalía. Catorce vecinos de Leciniena, que permanecían detenidos en los calabozos municipales desde el 8 de septiembre, fueron brutalmente asesinados. Entre las víctimas se encontraba el humilde y desdichado Ruperto, "barbero, sacamuelas y sacristán". No eran los primeros en caer abatidos bajo las balas de la violencia revolucionaria en Leciniena. Antes, el 19 y 27 de agosto, fueron asesinados Manuel Picazo y Fernando Montesa Albero, respectivamente. El 9 de septiembre fueron eliminadas otras



Juan Mariano en el campo de Barcarès en 1939.

cinco personas: Manuel Bagüés Posac, Gabino González Irazábal, Blas Alfranca Bolea, Cesáreo Alfranca Bolea y Ángel Redondo Boldo. En total, veintiuna personas perecieron víctimas de esa violencia revolucionaria. Luego vendría el desquite de la otra parte. Dos días después de la toma de Leciniena, las fuerzas que vinieron de Zaragoza, se tomaron su cumplida venganza. Escolástico Marcén Berdún, Mariano Solanas Sancho, Calixto Solanas Letosa, Leandro Solanas Letosa, Leonor Calvo Murillo, Asunción Pérez Jiménez y Juliana Jiménez Marcén fueron asesinados el 14 de octubre. El 8 de diciembre fue fusilado Pedro Vicente Muñio Lisón. La represión de los militares sublevados ya se había cobrado con anterioridad algunas víctimas entre los vecinos de Leciniena que se llevaron prisioneros a Zaragoza, cuando abandonaron la localidad el 7 de agosto. Así, Miguel Guardiola Blanco –esposo de Leonor Calvo Murillo, también fusilado–, Mariano Murillo Bagüés y Eugenio Tolosana Marcén fueron fusilados en Zaragoza el 24 de septiembre de 1936. Un día más tarde lo fue Ángel Sancho Oliván. Mariano Murillo Murillo fue pasado por las armas el 4 de octubre de 1936. Dos años más tarde, continuaba incrementándose la sangría con la ejecución de Luis Murillo Ferrer, el 18 de octubre de 1938. Acabada la guerra, la hemorragia no se detuvo: Andrés Maza Letosa caía bajo el piquete de ejecución el 15 de diciembre de 1939. ¿Y cuántos más...?

Mientras tanto, ¿qué ha sido de Juan Mariano y de su familia?

Juan Mariano hubo de incorporarse a las tropas republicanas poco antes de la entrada de los "nacionales" en Leciniena. Su mujer Aurelia y el hijito de ambos, Jorge Ballarín Arruego, de apenas unos meses de vida –había nacido el 29 de enero de 1936–, buscaron cobijo en la casa de sus padres, Andrés Arruego Murillo y Pilar Jiménez Marcén, compartiendo el techo con ellos y con los cinco hermanos pequeños de Aurelia: Pedro,

Continúa en la página siguiente

Viene de la página anterior

José, Enrique, M^a Jesús y Pilar. Ocho era también el número de hijos de esta familia. Aurelia, la mayor, casada con Juan Mariano, y con un hijo pequeño. Le seguía Sebastiana, que se había ido a servir a Barcelona con apenas catorce años. El tercero de los hermanos, Andrés, se había ido al frente con unos primos y moriría en la batalla de Teruel con tan sólo dieciocho años. Los otros cinco hermanos, como ha quedado dicho, estaban todavía en edad escolar.

Dada la proximidad de Leciñena a la capital aragonesa, los temores –que luego se vieron confirmados– a las represalias de los sublevados desataron en la localidad una oleada de pánico. Los tres hermanos varones –todavía niños– que aún permanecían en la casa familiar, salieron huyendo del pueblo y se refugiaron en la casa de unos primos en la vecina localidad de Robres. En Leciñena se quedaron los padres y las tres hijas: Aurelia, M^a Jesús y Pilar. Al poco de su partida, regresaron los tres hijos que se habían ido a Robres, si bien para anunciar a la familia su deseo de marcharse nuevamente.

EL DURO PEAJE DE UNA RETIRADA

Al final, es toda la familia la que abandona Leciñena y se encamina a Sariñena, a la casa de los suegros de Aurelia. En la capital monegrina, Aurelia asistirá a la muerte de su hijito Jorge, de tan sólo dieciséis meses, fallecido el 21 de julio de 1937. El curso de la guerra hará que en la primavera de 1938 toda la familia salga huyendo en retirada hacia Cataluña. En esa lastimosa huida, Aurelia perderá al otro hijito, de pocos meses, que había nacido en Sariñena el primero de noviembre de 1937, y al que le habían puesto el mismo nombre que su padre, Juan Mariano. En tierras catalanas, la familia contactó con Sebastiana, que se había casado en la capital condal. En su casa, en un pueblecito muy próximo a Barcelona, permaneció un tiempo toda esta familia errante. El cabeza de familia, don Andrés Arruego, hacía leña obteniendo a cambio un poco de pan con el que aliviar el hambre de tan numerosa prole. A comienzos de octubre de 1938, la familia tuvo la inesperada y feliz visita de Juan Mariano, que venía a disfrutar de un corto permiso de guerra. De este fugaz y luminoso encuentro nacería Andresita, la hija de Aurelia y Juan Mariano, que nunca llegaría a conocer a su padre. Concebida en España y nacida en Francia, esta hija que nunca podría ser abrazada por su padre, simboliza muy bien el drama de todo un pueblo en la diáspora, arrancado de su tierra, de su hogar, por la deslealtad de unos militares criminales que se habían levantado contra la esperanza de modernidad y justicia de la II República. Esta familia sufrirá en sus carnes todas las plagas del errante en busca de un imposible refugio: fatiga, desarraigo, desmoralización, hambre, frío, enfermedades, bombardeos y

muerte. Recordemos que los dos primeros hijitos de Juan Mariano y Aurelia murieron en esa penosa huida hacia ninguna parte.

El final de la odisea de esta familia en la España republicana se acercaba a su fin. El 23 de diciembre de 1938 se iniciaba la definitiva ofensiva terrestre franquista sobre Cataluña. Andresa, que todavía estaba en el vientre de su madre, escucharía posteriormente el relato de este dramático éxodo familiar de boca de su madre. Pero no había tiempo para las lamentaciones. Don Andrés Arruego y su mujer, que ya han perdido un hijo combatiendo en la batalla de Teruel, tienen que sobreponerse a las adversidades y guiar a todo su linaje hacia esa nueva tierra prometida que se vislumbra al otro lado de la frontera. Aurelia, que está embarazada, no se ha repuesto todavía de la pérdida de sus dos hijos y de la ausencia de su esposo Juan Mariano. Sebastiana había decidido quedarse en Barcelona. Por la atestada carretera general de Gerona a Perpiñán, en los primeros días del crudo mes de enero de 1939, los ocho miembros de esta familia –más la que está en camino– siguen a los miles de españoles que huyen de la guerra. Continuaban con ese largo peregrinaje iniciado en el otoño de 1936 cuando salieron huyendo de Leciñena. En uno de los inmisericordes bombardeos franquistas sobre esta marea humana errante, resultó herido en una pierna don Andrés. Años más tarde, esta desgracia sería contemplada como un mal menor que le salvó de otros peores. Andresa, cuando tuvo uso de razón, siempre escuchó en las reuniones familiares una misma versión de aquel percance: “el hecho de que una bomba lastimara la pierna del abuelo, aunque en aquellos momentos lo percibimos como la mayor de las desgracias posibles, a la postre seguramente le salvó la vida, puesto que cuando llegamos a Francia y los gendarmes procedían a la separación de las familias, su condición de herido evitó que fuera enviado con los demás hombres a los campos de concentración, permaneciendo con todos nosotros”. Así pues, todos los integrantes de la familia Arruego-Jiménez –con las consabidas ausencias de Luis Mariano, que pasaría la frontera



Aurelia Arruego y su hijito Jorge, el primero de los dos que perdió en la diáspora.

en fechas próximas junto a millares de soldados republicanos; de Sebastiana, que se quedó en Barcelona, y de Andrés, fallecido en combate– cruzaron la frontera por Le Perthus en los últimos días de enero o primeros de febrero de 1939.

EN LA PATRIA DE LOS DERECHOS HUMANOS

Juan Mariano fue internado en uno de los campos de concentración improvisados por las autoridades galas en las playas del Rosellón. En un primer momento, en el de Argelès-sur-Mer, un terreno pantanoso junto al mar, una playa desierta rodeada de alambradas. Más tarde, fue trasladado al limítrofe campo de Barcarès, dotado ya con algunos barracones y con unas mínimas instalaciones sanitarias, pero que muy pronto se quedaron insuficientes ante la avalancha de refugiados. Enseguida, la situación imperante en todos los campos: insalubridad, promiscuidad, enfermedades, humillaciones, desesperación y muerte.

Con respecto a la población civil, las autoridades francesas dis-

pusieron que las mujeres y niños fueran distribuidos en refugios y albergues en departamentos alejados de la frontera, exceptuada la región parisiense. Los más viejos o enfermos serían conducidos a hospitales. Sin embargo, ya hemos visto que don Andrés no fue segregado del resto de su familia, seguramente porque las heridas no revestían excesiva gravedad. El destino de todos ellos fue el departamento de Calvados, en la región de La Normandía. Allí llegaron en un tren que fue dejando refugiados españoles a lo largo de todo su recorrido. En la última parada, en la localidad costera de Arromanches, no muy lejos de Caen, en el mencionado departamento de Calvados, se apeó toda nuestra familia. Fueron alojados, en compañía de otras familias españolas, en un campamento de vacaciones para niños. Poco tiempo después, se les trasladó a otra localidad próxima, también costera, Saint Cosme de Fresnet. El padre (abuelo de Andresita) fue contratado como jornalero agrícola en el cercano pueblo de Airan. Con él se traslada toda la familia, debiendo soportar en los primeros momentos unas condi-

ciones de vida muy duras. Muy pronto empezó a trabajar también Pedro, el hijo mayor. Sus hermanos, todos en edad escolar, acuden a la escuela. Desde el 7 de julio de 1939 la familia se había incrementado con el nacimiento de Andresita, la hija concebida nueve meses antes en un fugaz encuentro de sus padres en una España en guerra, el último encuentro de sus vidas. Como amablemente nos relató la propia Andresa en octubre de 2006, en Leciñena, “nací en un hospital de la ciudad de Caen, y se da la circunstancia de que fue el propio chofer del Prefecto del departamento de Calvados quien condujo en su vehículo a mi madre desde el pueblo de Airan hasta el mencionado hospital”.

DE ARGELÈS-SUR-MER A MAUTHAUSEN

Mientras tanto, ¿qué ha sido de Juan Mariano Ballarín Clavería, el cancerbero del Leciñena? Veamos. Tras pasar la frontera con el resto de tropas derrotadas, Juan Mariano fue internado, como ya ha sido dicho, en el campo de Argelès-sur-Mer, una playa desnuda azotada por el viento, sin agua potable, sin instalaciones donde poder guarecerse, sin apenas comida, donde los refugiados contraen todo tipo de enfermedades, cercados por alambradas y custodiados por tropas coloniales. De allí salió al enrolarse en una C.T.E. (Compañía de Trabajadores Extranjeros). Esta C.T.E. en la que se incorporó Juan Mariano fue una de las quince compañías que se vieron envueltas en la trágica “*poche* de Dunquerque.” En la ratonera de Dunquerque quedaron cercados alrededor de medio millón de combatientes aliados, entre los que se encontraban algunos españoles, como Juan Mariano. La incomprensible decisión de Hitler de detener el avance del ejército alemán permitió el embarque de 234.000 soldados británicos y 111.000 franceses. Para los republicanos españoles que estaban allí combatiendo, codo con codo con británicos y franceses, no hubo sitio en los buques de embarque. Fueron abandonados a su suerte –¡una vez más!– en aquellas desoladas playas. Algunos quedaron muertos sobre la arena, víctimas de los bombardeos alemanes; otros resultaron heridos; el resto fueron hechos prisioneros. Lo peor todavía estaba por venir. Juan Mariano es conducido al centro de distribución de prisioneros en Compiègne. Desde allí, es trasladado al campo de prisioneros de guerra *Stalag VIII-C*. Poco tiempo después es transferido al *Stalag XII-D*, siendo su número de identificación el 36.820. El 25 de enero de 1941 hacía su entrada en el campo central de Mauthausen, asignándosele el número 4.118. Cinco meses después –el 30 de junio de 1941–, fue trasladado al campo anexo de Gusen, popularmente conocido como la “tritadora de huesos”. La obsesiva y escrupulosa maquinaria burocrática nazi le vuelve a asignar un nuevo número de identi-



Tres generaciones en el exilio: los abuelos, Aurelia –con la pequeña Andresa– y sus cinco hermanos pequeños.

Continúa en la página siguiente

Alto Aragón

Diario del Alto Aragón - Domingo, 10 de agosto de 2008

Viene de la página anterior

cación: el 12.935. No llegó al mes el tiempo que estuvo arrastrándose moribundo en esta estación final del martirio de tantos millares de españoles. Fue certificada su muerte el 27 de julio de 1941. Contaba tan sólo 29 años. El 28 de octubre de 1943, el presidente del comité de la Cruz Roja Francesa en París envió una nota a la presidenta del comité en Caen informándole de que se había recibido un despacho del Comité Internacional de la Cruz Roja de Ginebra en el que se daba cuenta del fallecimiento en el campo de Mauthausen (Oberdonau), el 27 de julio de 1941, del prisionero español Juan Mariano Ballarín Clavería, a causa de "una debilidad de la circulación sanguínea". La noticia del fatal desenlace le llegó a la familia poco tiempo después, cuando estaba celebrando un cumpleaños.

ANDRESA: EL FRUTO DEL POSTRER ENCUENTRO

Pero volvamos atrás. Habíamos dejado a la familia en el preciso momento en que Aurelia traía al mundo a su pequeña Andresita en un hospital de Caen, en La Normandía. Desde ese 7 de julio de 1939 había una boca más que alimentar. En su largo peregrinaje, cual "Numancia errante", esta familia había resistido todos los embates de aquellos tiempos crueles permaneciendo íntima y solidariamente unida. A primeros de septiembre de 1939 estallaba la Segunda Guerra Mundial. De nuevo el espectro de la guerra, con su corolario habitual de muerte y destrucción. De Airan, la familia se traslada a la localidad de Chicheboville, también en La Normandía. Y si grandes fueron las penalidades que debieron soportar durante todo el conflicto, no menores lo fueron las que se abatieron sobre ellos en las postrimerías del mismo, al ser las playas de Normandía -donde ellos vivían- el escenario donde tuvo lugar el importantísimo desembarco del 6 de junio de 1944 que aceleró definitivamente la derrota del nazismo. Don Andrés, pese a las secuelas de las heridas sufridas en la pierna en la retirada de España, trabaja sin descanso. Progresivamente, contará con la ayuda de sus hijos -Pedro ya había comenzado tiempo atrás a trabajar- que, conforme abandonan la escuela, se van incorporando al mundo laboral. Pedro y José, que empezaron trabajando como jornaleros agrícolas, cambiaron después al sector de la construcción. Enrique, que al ser el menor pudo permanecer más tiempo en la escuela estudiando, es el que adquirió una mejor formación. Se especializó en trabajos de cantería, especialmente en la fabricación de adornos suntuarios de tumbas para los numerosos cementerios que debieron habilitarse tras la terrible carnicería de la segunda guerra mundial. Andresa fue creciendo arropada por todos. En cuanto a su madre, Aurelia, los sufrimientos físicos y morales habían minado su resistencia. Andresa la recuerda siempre



El equipo de fútbol de los prisioneros de Mauthausen a fines de mayo de 1945. El portero (tercero por la izquierda) es el sarriñense Julio Casabona Marias.

enferma. Reconoce "que sin la figura del padre, y con mi madre siempre enferma, fueron mis abuelos maternos y mis tíos los que en realidad me criaron".

Pero las heridas en la pierna del abuelo nunca habían curado del todo, debiendo someterse a una nueva intervención quirúrgica en un hospital de Caen. Pleno de nostalgias y recuerdos, le hizo una promesa a su esposa: si salvaba la pierna, regresaría a España. Sin embargo, la infección se había extendido -pese a

los dolores, nunca había dejado de trabajar- y los médicos tuvieron que amputarle la pierna. Había encallado en el propio puerto de su sueño. Ya no regresarían a España. Su mujer, Pilar Jiménez Marcén, de su misma edad -ambos habían nacido en 1890-, al faltarle la ilusión del regreso a España, murió de pena y nostalgia dos años después. Siempre habían permanecido unidos, desde que a los veintidós años contrajeron matrimonio canónico el 22 de mayo de 1912 en la iglesia de N^a

S^a de la Asunción de Leciñena. El abuelo, sin pierna, ya no podía trabajar. Afortunadamente, Aurelia recibió del gobierno francés una pequeña pensión y del gobierno alemán una módica cantidad en concepto de indemnización. No obstante, España seguía estando presente en el corazón de estos hombres y mujeres que con tanta dignidad y estoicismo habían soportado la ruptura de sus vidas y de sus sueños. La primera en venir a España fue Andresa. Ella, que únicamente había esta-

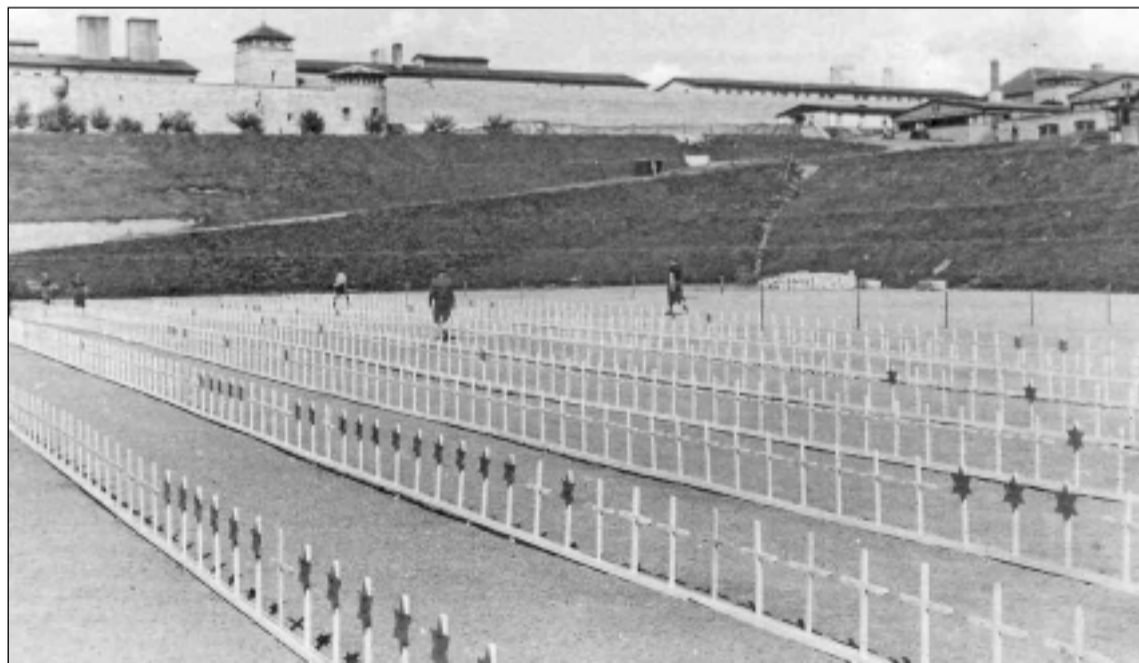
do en España en el vientre de su madre, ardía en deseos de conocer la tierra de sus padres, la tierra donde fuera concebida. Un día determinado del año 1952, acompañada de su tía M^a Jesús, se presentó en Leciñena. Cuando la vieron los vecinos, todos reconocieron en ella a la hija de "Moisés". Todavía hoy no sabe aún por qué llamaban así a su padre. Después ha continuado viniendo a España, participando en diversos proyectos culturales franco-españoles, siempre de forma altruista. Esta mujer, a la que ni siquiera dejaron nacer en España, se afana para que germinen en Francia las semillas del amor a España. El eterno dilema que se les ha presentado a tantos y tantos exiliados, entre volver a la patria de origen o continuar en la patria de destino, lo ha resuelto Andresa con la aceptación de las dos tierras, de las dos raíces. Este generoso amor a España lo ha contagiado a su esposo Jacques Delasalle y a sus dos hijas -una tercera murió en accidente de tráfico-. Los tíos de Andresa, como no podía ser de otra forma, echaron raíces en el país galo. El abuelo, que por si acaso nunca deshizo la maleta que siempre tenía preparada detrás de la puerta, vino a morir a España, a casa de su hija Sebastiana. Aurelia, la madre de Andresa, no pudo disfrutar mucho tiempo de la pensión del gobierno francés. Murió el 8 de enero de 1973, en su domicilio de Maltot, mairie de Lingevres, departamento de Calvados. Contaba sesenta años.

¡Y estos eran los que los vencedores denigraban como la anti-España!

Sirvan estas líneas de reconocimiento a una familia que representa un ejemplo de dignidad, coraje y entereza moral.

NOTA:

1 Además de Ruperto Oliván Marcén, fueron brutalmente asesinados Federico Marcén Alfranca, José Bailo Solanas, José Solanas Berdún, Sebastián Pardo Murillo, Miguel Marcén Murillo, Isidoro Rubio Funes, Fernando Posac Vinués, Agustín Jimeno Jiménez, Juan Letosa Marcén, Constantino Muñio Bolea, Joaquín Montesa Murillo, Joaquín Albero Solanas y Luis Montesa Jiménez.



Cementerio levantado sobre el campo de fútbol de las SS en Mauthausen.

GRÚAS LOSEFABLOS, S.A.

Les Desea Unas Felices Fiestas Laurentinas



- Grúas Gran Tonelaje hasta 250 Tm.
- Camiones Grúa
- Rescate de Vehículos

San Vicente de Paúl, s/n • 22006 HUESCA
Tel.: 974 231 052 • Fax: 974 222 428

Pol. Malpica • Alfinden • C/ Sauce, 70 • 50171 LA PUEBLA DE ALFINDEN (Zaragoza)
Tel.: 976 107 348 • Móvil: 619 250 246